

del emperador hizole sacar los ojos y le envió á su retiro de Borgoña.

Asesinado Berengario, la península fué otra vez objeto de encarnizadas guerras entre muchos pretendientes y en pocos años ocuparon su trono los reyes de las dos Borgoñas Rodolfo y Hugo. Presentóse en seguida Lotario hijo de este último, protegido por Berengario marqués de Tory, mas el ambicioso tutor se aprovechó de la muerte de su pupilo para apoderarse de sus estados, y pensó legitimar la usurpación casando á su hijo Adalberto con Adelaida, viuda de Lotario. Viéndose esta princesa blanco de grandes persecuciones á causa de su negativa, llamó al emperador Oton, cuya primera empresa á la otra parte de los Alpes tuvo pocos resultados. Despues de haberse casado con su protegida Adelaida, no pudo obtener la corona imperial y regresó á Alemania para reprimir la sublevacion de su hijo Ludolfo y de su yerno Conrado de Lorena. Sometidos ambos rebeldes, Ludolfo fué enviado contra Berengario II que continuaba oprimiendo la Italia; mas este príncipe murió sin haber tenido tiempo de espiar su falta y preciso fué que Oton volviera á Italia, pues amenazado el papa Juan XII por Berengario y receloso de las invasiones de los sarracenos, pedia con instancia un libertador. Esta vez los triunfos del emperador fueron decisivos, pues se le entregaron la Lombardia y Roma, y el papa se apresuró á coronarle emperador.

Oton hizo deponer luego al pontífice y se declaró protector de Leon VIII elegido en su lugar. Solo la Italia meridional permanecia independiente del dominio del emperador, y Oton deseoso de adquirir derechos sobre la Pulla y la Calabria, sometidas por lo menos nominalmente al emperador de Constantinopla, pidió para su hijo primogénito la mano de la princesa Teofania; pero la insultante negativa de Nicéforo encendió una guerra cuyo término fué la deposicion del emperador de Oriente. Su sucesor Juan Zemises restableció la paz consintiendo en el matrimonio de aquella princesa, y al año siguiente murió Oton el Grande que habia llegado á la cumbre del poder y de la gloria.

Despues de Oton II que contuvo la Italia con sus crueldades, y de Oton III que fué arrojado de ella por haber querido fijar en Roma la silla de su imperio, la Italia estuvo dividida durante al-

gunos años entre los partidarios de Enrique II y los de Arduino marqués de Ivry. Al advenimiento de Conrado el Sálico que se hizo coronar dos veces rey de Italia, en Milan y en Monza, cesaron por fin las rivalidades, y Pavia pagó con la devastacion de su territorio y la ruina de sus castillos la resistencia que habia hecho. Los vasallos notables que ejercian una insufrible tirania sobre sus feudatarios, vieron que el poder imperial apoyaba en contra de ellos los derechos de los invasores, y que Conrado era el primero en dar ejemplo de una política á la cual mas adelante debieron los reyes de Francia su victoria sobre el feudalismo. Triunfaba en Italia el ascendiente imperial: Enrique III influyó en las contiendas de Gregorio VI, Benedicto IX y Silvestre II, que se disputaban la silla de San Pedro, para hacer deponer á los tres pretendientes y que se nombrase en su lugar al obispo de Bamberg que tomó el nombre de Clemente III. Despavoridos los romanos renunciaron el derecho de elegir pontífice, derecho que habia sido atacado muchas veces por los emperadores; proclamaron patricios á Enrique y á sus sucesores, y en señal de supremacia le revistieron de una toga verde y le pusieron un anillo de oro en el dedo y una diadema en la cabeza; mas la Iglesia dirigida por un ilustre pontífice iba á sacudir el yugo imperial y á recobrar su independencia.

XVI.

Durante la trabajosa época de la edad media que con tanta pena elaboraba la definitiva constitucion de Europa, todo eran destrozos y division en las naciones. El feudalismo contribuyó mas que otra cosa alguna á establecer de hecho la independencia individual de cuanto pertenecia á la nobleza. Desde la caida del imperio romano no existia en la sociedad, fuera de la Iglesia, un centro de accion; solo ella, merced á su influjo independiente de tiempos y lugares, podia obrar sobre todos los pueblos é imprimirles un movimiento regular en medio de sus desordenadas agitaciones; solo ella reservaba, reunia á sí todos los talentos eminentes. Mas de una vez, la Iglesia habia salvado las ciudades y campiñas de los desastres de la invasion; habia organizado casi todos los pueblos bárbaros convirtiéndolos á la fé; en medio de los desórdenes

de los siglos décimo y undécimo era la única autoridad que tuvo poder bastante para poner término á las sangrientas disensiones proclamando la paz, ó por lo menos la *tregua de Dios*; solo ella podía suspender algunas veces las rencorosas querellas de los vasallos y las encarnizadas luchas de los príncipes, porque entonces la espada solo se humillaba ante la cruz.

No es de admirar que en premio de tantos beneficios recibiera la iglesia el homenaje de una universal deferencia. Despues de la caída del imperio romano, el de Occidente, único poder temporal importante, habia conocido que tanto por interés propio como por reconocimiento, debia aliarse con el grande poder espiritual que dominaba al mundo cristiano. Por esto Carlomagno confirmó la donacion de los bienes de San Pedro; por esto los emperadores iban á Roma á recibir la corona de manos del pontífice, pero tambien en cambio se arrogaron una especie de supremacia sobre la Santa Sede. Los desórdenes y revueltas que acompañaron algunas veces las elecciones de los papas, habian obligado á estos á tolerar de los emperadores la intervencion que hasta el fin del siglo nono no pasó de ser una simple proteccion. «Los comisarios imperiales, dice un decreto del papa Juan IX, deben segun el rito canónico y el uso admitido, asistir á la consagracion del papa á fin de rechazar la violencia é impedir el escándalo.» Pero despues de esta época, los emperadores procuraron por todos medios tomar una parte activa en la eleccion de los pontífices, y Oton el Grande obtuvo del anti-papa Leon VII la facultad de nombrar al pontífice y de conferir en sus estados las dignidades eclesiásticas. Este decreto dimanado de un intruso, abolido luego por el emperador Enrique II y puesto otra vez en vigor por sus sucesores, fué la base de todas las pretensiones de los emperadores.

Tales pretensiones de sujetar la eleccion del pontífice al arbitrio del emperador, amenazaban la independenciam necesaria en el gefe de la Iglesia, principalmente cuando las divisiones del imperio hicieron pasar el cetro á manos de los grandes vasallos. El poder pontificio no debia entregarse á merced de cada usurpador que dominase en la otra parte de los Alpes. La usurpacion de lo temporal sobre lo espiritual se manifestó al momento por el modo escandaloso con que los príncipes distribuyeron las dignidades eclesiásticas; pues

en vez de limitarse á intervenir en lo temporal de la Iglesia, instituyeron, como hubieran podido hacerlo los obispos, los elevados funcionarios del clero; negociaron vergonzosamente con las cosas santas para aumentar sus rentas y crearse partidarios; los obispos y las abadías fueron puestos á pública subasta y cedidos la mayor postor; los prelados simoniacos se indemnizaban con la dilapidacion de los bienes de los pobres, y recobraban por medios ilícitos el precio que les habian costado sus dignidades. Sometidos á la gerarquía feudal por la investidura de los feudos anejos á sus dignidades, llevaban lanza y ceñían espada al modo de los barones; y á la señal del príncipe levantaban bandera é iban á la guerra al frente de sus vasallos en vez de cuidar de sus feligreses.

Los autores contemporáneos hacen una pintura horrible de las costumbres de aquella época. «Otórgase la dignidad episcopal, dice San Anselmo, á siervos y á hombres relajados, porque harto sabido es que semejante clase de gente no osarán reprender los vicios de los grandes que los han elevado á aquellas dignidades. Esos falsos pastores no piensan mas que en enriquecerse á espensas de sus rebaños, sin cuidar de la salvacion de las almas. Otros entregados á las vanidades del siglo, solo se afanan en mantener perros y aves de caza, y dejan sus iglesias para seguir á los emperadores, á pesar de la prohibicion de los cánones». Tan lastimosos escesos propagaban los vicios en todas las clases. «El mundo, esclama Pedro Damiano, no es mas que una sentina de envidia y de impureza. Un espíritu maléfico hace brotar por todas partes el odio, la impiedad y la hipocresia...

»¿Quién hay que se avergüence de llevar una vida desarreglada ó de hacer un robo sacrílego? ¿quién teme cometer crímenes de los cuales el cielo pide venganza? La corrupcion rebosa por todas partes.»

Los papas defensores de los derechos de la Iglesia y protectores de los mas santos intereses de la sociedad, no podian sufrir semejantes inauditos desordenes. Ellos anunciaron valerosamente la intencion de restituir la libertad á la Santa Sede y de poner fin á un influjo que reducía la Iglesia á la condicion de vasallo y habia al parecer abolido para sus miembros todas las leyes de la disciplina y de la moral.

Cuando iba á empeñarse la lucha, el papado tenía ya un poder inmenso, apoyado en la opinion pública de los pueblos y en el consentimiento general. Los papas se habian hecho los mediadores y árbitros entre los pueblos y los reyes, y con este título ya en el siglo octavo los francos invocaron la decision del papa Zacarias. «Fué, dice Ancillon, un tribunal supremo erigido en medio de la universal anarquía, cuyos decretos fueron casi siempre tan respetables como respetados.» Las naciones mismas y los soberanos habian fundado ese ascendiente que Gregorio VII invocó con tanta energía. Los normandos vencedores en Italia á las órdenes de Roberto Guiscard, pidieron al papa, cautivo en su campo, la investidura á título de feudo de la Pulla y de la Calabria. Estéban rey de Hungría, habia puesto á disposicion del papa todos los derechos y el poder de su corona: segun el derecho de Sajonia, el emperador elegido no alcanzaba el poder ni el título imperial hasta haber sido consagrado por el papa, á quien reservaba formalmente el derecho de excomulgar al emperador. «La espada temporal, decia el derecho de Suabia, está confiada al emperador por el papa; así es que el emperador en el acto de su coronacion está obligado á jurar fidelidad y obediencia al papa.»

XVII.

Teniendo á la vista estos hechos, es como debe formarse juicio de la época que abarca el presente libro de las GLORIAS DEL PONTIFICADO, así como de la conducta observada por uno de los mas ilustres sucesores de San Pedro, por un hombre, como dice un historiador francés, cuyas profundas miras, enérgica voluntad y firmeza inalterable, le hicieron el héroe de su siglo, por Gregorio VII, en fin.

Antes de entrar á ocuparnos en historiar las reformas de Hildebrando y de referir sus gloriosos hechos, justo y natural es que se hable aquí de aquellos de sus antecesores cuya detallada biografía se ha omitido hasta ahora para narrar los sucesos principales de la época de que se viene tratando: narracion indispensable si se ha de apreciar en todo su justo valor los trabajos y los esfuerzos realizados en bien de la sociedad humana por los insignes vicarios